

Cielito Lindo

Mónica Montero





© Cielito Lindo - Mónica Montero
Registro Propiedad Intelectual 2020-A-3890
Edición 2022

Editorial La Otra Costilla SpA
www.laotracostilla.cl
Eyzaguirre # 565, San Bernardo, Santiago, Chile

Ilustración portada e interior: Ricardo Murdeer
Diseño Editorial: Camila Leyton - Guarida Diseño

Cielito Lindo

Mónica Montero



ÍNDICE

Prólogo	9
<i>Héctor Hernández Montecinos</i>	
Cielito Lindo	11
Abuela	15
El Ahorcado	33
Cielito	39
La historia de Maciel Zúñiga Pacheco	57
<i>Mónica Montero</i>	
El despertar	58
<i>Alejandra Pizarnik</i>	

PRÓLOGO

A veces creemos que el horror y el límite al que pueden llegar las palabras son indescriptibles. Sin embargo, cuando esas palabras son también las que experimentan el desamparo, el espanto y su inminente final es que se convierten en una vida que definitivamente no es otra cosa que lo que se niega a morir. Cielito lindo de Mónica Montero es parte de esa ferviente resurrección. Sabemos que estamos en un mundo que se cae a pedazos, lo que no vemos es dónde. Son las anónimas existencias, las castigadas, las marginadas en que los fracasos de todo lo que no nos hizo felices a muchos se convierte en desgracia para pocos. Maciel Zúñiga no es sólo una víctima del conocido "Tila" sino que el rostro invisible de un genocidio sistemático contra mujeres a lo largo de décadas y siglos. La poeta encarna en estos poemas, los posibles sueños y conversaciones que desde el más allá del más allá una muchacha chilena se niega a callar. Cielito lindo, que hace referencia a su nombre, pero también a su inversión, es decir, el infierno desde el cual partió, no sólo se constituye como un impactante y conmovedor libro, sino que es un acto de justicia que la poesía aún puede emprender. Lo que ha hecho Mónica Montero nos deja sin palabras.

Héctor Hernández Montecinos

Cielito Lindo

Mónica Montero

* * *

Me escondo del Tila
porque está bravo conmigo.
Cree que le robé un hijo,
cree que vendí su nombre
a los traficantes del pueblo.
Él y yo estamos hechos
del mismo hueso roído.
Por eso mi temor,
por eso me oculto en la fe
de no encontrarme con él
ni conmigo.



ABUELA

* * *

El alacrán anda suelto.

Si viene por mí, dile que he viajado lejos
cuéntale sobre los brotes del cerezo y el clavel del aire,
háblale del reuma, de tu rodilla inflamada, del invierno.

Abuela, dile lo que quieras, menos que estoy
Anda bravo y cuando se embronca es un remolino de odio.

Quiere quebrarme, abuela, quiere verme por dentro
buscar en mis entrañas a la madre
que azotaba su espalda desnuda
a esos tíos viejos que rasgaron su inocencia.

Como al cordero de Dios
quiere arrancarme la sangre.

* * *

El chacal

está al acecho, me dices,

que tenga recato y me cuide.

Abuela, ya no importa,

la muerte es lo mismo que esta abstinencia de pétalos

y mi carne desecha

desparramada entre pavorosas mantas frías.

* * *

Siempre fui un espanto.
Una mezcla de pájaro desplumado
y barro.
Abuela, yo hablo como habla
el pichón que cayó del nido.

LA INOCENCIA DE LA CARNE

Arrastré mi piel hasta el crepúsculo.
Transé su aroma a perrita nueva, le encendí
y le ahogué según mis ansias. Colérica, entregué la boca sin
halagos ni besos, me froté en el suelo sin ensuciarme. Hasta
pude fingir escalofríos. Abuela, los hombres
me amaron para canonizar mis huesos
y glorificar mis ojitos verdes.
Yo alucinaba después del coito
porque ellos me ofrendaban la medicina correcta,
el sopor preciso que buscaba mi alma chamuscada.

Mi cuerpo inerme sólo se ajustó a la faena establecida
por mi espíritu de gata en celo.
Por eso los borrachos de mi patria me llaman
“La Virgencita de la Pobla”,
“la muñeca hermosa”, *“la angelita de Dios”*,
“la buena pa’l loli”.

* * *

Me arranco
las hojas
mientras la ciudad duerme.

Soy una planta llena de quistes
y sólo en tu recuerdo, madre de mi madre
atravieso el sol a oscuras.

Soy culpable de aceptar este destino rojo.
Son culpables los rostros que ahora aparecen
a contemplar la caída.

Antes pasé
por el costado de ellos
y no me vieron.

Mi nombre quedará grabado
en la memoria de un pueblo
moribundo,
etiquetado como patrimonio cultural.

LA CALLE

Robé al espejo mi silueta adicta.
Me esperaban los puentes,
las carreteras,
los cánidos.

No me culpes.
En mi mente rondaba el fuego,
siempre el fuego.

* * *

Me derrumbo, abuela, me parto
y caigo hasta un cielo negro que se quiebra.
Sus astillas clavan mis dos corazones:
el mío, que es dulce
como la párvula que se vende a los borrachos
y el de la cría que nunca tuve
y que corre por las alcantarillas.

* * *

Te dije que iba a ser reina
Al amanecer los borrachos del pueblo
clavaron una corona en mi sien
y a pesar de mi pordiosero traje
se hincaron a besar mis rodillas.
La procesión estuvo plena,
los mancos izaron la bandera negra del pueblo
y los monos bajo la luna, alucinados,
me lanzaron hojitas secas.

NO LES CREAS

Yo nunca tomé un trago, abuela. No les creas a esos periodistas en práctica, ellos usan palabras corvas para atraer a la audiencia voyerista. No les basta con el espectáculo de la muerte, quieren más drama, más tragedia. Diles que no, que yo nunca fui borracha. Era alegre, mi sonrisa iluminaba tu vida. Diles que fue la muerte de mi padre la que oscureció mis ojos, los malos amigos, la barriada. Diles que es verdad *que fumaba marihuana, que fui huiña para la pasta, las anfetás, los cigarros y el neoprén.*

Pero nunca fui borracha.

ME BUSCASTE

Sé que lo hiciste;
tus chanclas rotas se hundieron,
en Cartagena, olvidaste tu bolso en el 39,
tus manos toscas se aferraron a las marejadas
de las Cruces y Lollole, caíste en llanto
en la José María Caro, dejaste tu dirección en Renca
tus várices ardieron
en San Ramón
y de vuelta a La Pintana. Fuiste al Mapocho,
a la Vega Central,
a las Caletas y el Río,
a San Bernardo.

* * *

Curvaré el brazo acuchillado
y cerraré mis ojitos legañosos.
Me cuidaré de caer en la trampa
de volver a verte, abuela.

No asomaré descarnada ni como ángel,
me quedaré con mi padre
parapetada en la pureza que me ofrenda
el haber muerto de forma espectacular.

* * *

Te quedarás todo el tiempo buscándome,
leerás mi diario de vida, la poesía que tanto amé,
mis libros deshechos, la biblia, mi pijama de flores astrales.
Visitarás mis felices recuerdos negros, mi rostro invernal
de piedra enrojecida. Soñarás que lloramos juntas
sobre una charca oloroso a trigo.

Te prometeré que nunca más, que voy a retomar la escuela,
que seré doctora cuando grande, que voy a dejar las calles
y a mis amigos ratas que duermen bajo los puentes.
Estaré contigo, abuela, viviré muerta entre tus delantales
manchados de palta.

ANTES DE HACERME REINA

Abuela, todos mis fracasos son tuyos.
Por eso quieres que vuelva a la vida,
para matarme
antes que me maten,
antes que recorra los manicomios
con mi sandalia rota,
antes que abandone la escuela y robe tu anillo de oro.

* * *

Si te dicen que fui un descabro, no les creas viejita linda.
Yo fui la reina de los quebrados y tullidos, la soberana
de los delirantes, pastora de las culebras.

* * *

Le vi arder. Era una antorcha gigante
que lanzaba chispas escarlatas sobre un relámpago azul.
Se balanceaba entre la angustia y la locura.
Fue hermoso.

Como ver nacer el universo en el patio de mi casa,
como mil partos de estrellas hediondas.
Abuela, tú gritabas trayendo toallas mojadas,
las colocabas en la espalda, en el rostro, en los costados
de su cuerpo. . .

¡Ay! cómo me dolían los ojos con el humo
cuando las toallas caían al piso
desgarrando trozos de pellejo.
Carne de mi padre.

Le vi desplomarse, tumefacto como el color de mi vulva,
ígneos y blanquecinos
sus huesos:
una pira de falanges, pulpa y cabellos.

Una mancha aceitosa quedó en el cemento.
Yo lameré el cemento marcado por mi padre, abuela
él ha dejado un signo para que yo adivine el futuro.

Lo vi morir.
Por eso comprendo a la gente cuando dice
que los recuerdos arden en la memoria.

* * *

Mi pájaro pez es más desgraciado que yo. Él contiene la muerte desde antes de abrir los ojos. Se aparece entre el humo y la noche como un mendigo estira su mano derecha y solicita una caricia... A mí me arrancaron la infancia, le digo, y vuelvo la mirada para que sepa que estamos condenados.

Yo he cargado un ángel chamuscado en mi columna, un padre niño que no quiso amarme, un cobarde doblegado por la vida, un pastero, una mancha. Lo cargo porque lo amo tanto que volvería a amarlo si despierta, que volvería a amarlo si lo viera en una esquina, escupiendo sangre.

Yo no puedo con el pájaro pez, ya mi ángel pesa demasiado. Abuela, tú que eres madre de los desastres, acúdeme ahora, en esta noche áspera y siniestra. Mira que he sido habitada y no lo merezco.

* * *

No me busques en la muerte, ni le preguntes a Dios. Estaré en mi reino diminuto y baldío, floreciendo en las ratas que se esconden tras los ramos secos de la angustia.



EL AHORCADO

* * *

El Alacrán anda tras de mí.
Me va a mirar de frente.

Me va a quebrar
buscando diminutos soles en mi vientre senil.
Me vaciará sobre un colchón viejo,
me abrasará.

Me va a dejar ardiendo.

* * *

Me llevó a su casa.
Había
pasta y vino.
Él
vendía globos. A los cinco años vendía globos en el sur

Hablaba de eso...

Yo
me
perdí
tras
el
humo.
Muda me perdí en su casa de humo.

* * *

Quién vela el sueño de los muertos, le pregunté.
Dijo que nadie, que están abandonados
como nosotros.

Él se supo vacío antes de que se nos pudrieran los dientes,
antes de comenzar a desvanecernos,
antes de que la noche se volviera relámpago
en nuestras cabezas llenas de piojos.

* * *

Les dio quinientos pesos a cambio de unos palos,
un colchón viejo, neumáticos gastados,
trapos.

El basural está colmado de cosas rotas y desvencijadas,
se les hizo fácil la faena entonces.

Dijo que quería hacer una fogata grande
que iluminara el cielo. Le dio quinientos pesos a cada uno,
quinientos pesos por recolectar mugre y hacer una pira.

Se compraron un pastel y un cigarro.
Se sentaron en la vereda
a mirar como una muñeca de trapo
lanzaba chispas y cenizas.

PASAJE LIBERTAD

Madre, ya he perdonado casi todas tus faltas
Menos el acto de haberme parido
En un pasaje olvidado y lejano
Que ni siquiera aparece
En las estadísticas falseadas por los políticos.



CIELITO

LINAJE

Maldita sea mi cuna y mi madre ofidia.
Ella se vierte las noches hasta la última gota
hasta cuando el sol le quiebra los ojos
y los ancianos de la vereda de enfrente
salen a recolectar cartones.
Mi madre se embriaga de amapolas,
gatea hasta la cama, vomita y se duerme.

Le cubro el rostro con un pañuelo negro
y finjo llorarla
como a los muertos.

Mi padre alucinando un jilguero rojo
se roció la espalda, se volvió espectral
su boca de besos y cuentos de princesas.
Mientras, el fuego lavaba sus pecados.

Mi abuela lee la biblia y se humilla
porque la palabra de Dios lo dice.
Se levanta al amanecer,
vende paltas en la feria,
se cansa y su espalda se deforma.

Yo aprenderé a humillarme como ella
para que cuando sea el tiempo
Dios me exalte.

* * *

Me quedo quieta
en este humo
de puertas giratorias.
Aquí nadie conoce
mi pavor.
Aquí los gusanos
se enroscan y duermen.

* * *

Una bilis corre por mi columna.
Los espasmos no cesan y mis tripas se contraen,
calambre tras calambre me desarmo.

Restriego mi cuerpo en las baldosas frías
y me dejo caer en la dulzura del alba
sobria y asustada como animal herido.

* * *

Soy
el hundimiento
de mis huesos.
Un pájaro desgarrado,
un espantajo sucio.

* * *

Mi padre es un ángel chamuscado.
Por eso no asciende
y vive pegado al cemento
del patio de mi casa.

* * *

Mi pueblo es una columna terrosa,
una línea zigzagueante de casitas de muñeca
habitadas por títeres quebrados y cojos
que duermen la resaca con la boca abierta.

* * *

Tengo la boca llena de fiebre
y las palabras me salen
violentas y agudas,
manchadas de sangre seca.
Soy la costra,
la pústula que nunca sana.

* * *

Mi cuerpo me desprecia y abandona
descarnada
despierto
alucinando.
Mi piel se compadece,
me perdona y acepta.
Yo vuelvo y la penetro.

* * *

Quiero amanecer en otra piel,
en una carne más dura.
Que no se quiebre por la soledad
ni el abandono
y el desamparo.

* * *

Una ventolera tibia me despertó y me supe habitada por un pájaro inquieto, un pájaro que parece pez nadando en mi cintura.

Disfrazado de ángel me habitó, y fui entonces sucia como todas las que vagaron el sendero de la culpa.

Ahora, habitada, será acaso doble el golpe de hacha en mi nuca, el desplome vendrá a despertarme de la resaca.

Yo no quiero a este pájaro pez en mi casa de invierno. Yo no quiero transitar desvestida o ataviada de santos de cartón, llevando en brazos una cría muerta. Ella tiene la frente tallada con un cincel y una cadena roja cae de ese hueco que lleva en la nuca.

* * *

Llevo esta peste en la médula.
Las agujas no mitigan el escozor.
Me duele toda.
Flameo confusa
entre el infierno de la abstinencia
y el fulgor de pájaros amarillos
que entran por mi ojo derecho
para luego escapar por mi boca.

* * *

Mi cría lleva una estrella clavada en la nuca
por eso se derrama
y se vierte como vino
entre mis muslos.

* * *

La lluvia caía con tal soberbia
que no pude soportar la corona de vidrio
y me fui de bruces a la ciénaga.
Algo engulló mi osamenta desnuda.
Creí volar
 pero me hundía.

* * *

Innumerables muñecas de trapo se quemarán
en los basurales y nada de lo que hagan podrá salvarlas,
porque existen dos patrias en esta patria,
como dos lenguas en un hocico:
una es mi territorio de pastillas, yerbas y agujas
la otra transita lejana y virtuosa
como la virgen del cerro.

* * *

Nadie leyó en mis ojitos marginales el agua estancada, la escasa luz que a veces se escurría, para hacerme ver el rostro como una piedra blanca.

* * *

Para mi cumpleaños
prendan velas blancas.

Muchas velas alumbrando la pobla
para que se vea
la sarna y la llaga.

Y noten la costra.

DIGAN QUE NO HE MUERTO

Digan
que he llevado mi espanto a las caletas,
que recolecto huesos...
antes de
que se los coman los perros.

* * *

Que mis fotografías y mi ropa, no dejen indicio. Ninguna
huella
Que les otorgue conocer mi clandestina tristeza.

LA HISTORIA DE MACIEL ZÚÑIGA PACHECO

Encontrar en la actualidad una historia tan dramática como la de Maciel Zúñiga Pacheco puede parecer novelesco, inconcebible o descabellado, ya que al detenerse en su corta existencia (16 años) nos encontramos con detalles de una vida llena de carencias, frustraciones y violencia, esto sumado a un entorno inmerso en la droga y la pobreza.

La historia de Maciel Zúñiga es todo lo contrario a un cuento de hadas o princesas. Es la imagen nebulosa de una sociedad, de un sistema fracasado y fracturado en lo que concierne a resguardar a los jóvenes y velar por sus derechos. Esta historia ligada a Roberto José Martínez Vásquez (apodado *El Tila* por la prensa chilena), remeció a la ciudadanía y de alguna forma el caso ocurrido en el año 2002 fue un tema abordado por políticos, sicólogos y un sin fin de programas de televisión. Un caso espeluznante con gran cantidad de información sobre la vida del sicópata, su paso por el SENAME, la forma en que asaltaba y violentaba sexualmente a sus víctimas de La Dehesa y la brutal forma en que mató a Maciel Zúñiga. Su forma de hablar usando palabras rebuscadas y una gran cantidad de características psicológicas, lo volvieron una figura llamativa. Creo que por eso existe una gran cantidad de literatura basada en su vida y muerte, teatro, música, trabajos audiovisuales, una película.

En contraparte Maciel Zúñiga Pacheco pasó rápidamente al olvido, a pesar de que su vida es muy similar a la de Roberto. Ambos vivían inmersos en la droga desde muy jóvenes, sufrieron el desapego a corta edad, incluso eran amigos a la hora de drogarse, se podría decir “amigos de carrete”. Sus vidas similares se cruzaron y fue ahí donde comenzó a tramarse el drama que hoy les cuento.

Mónica Montero
2017

EL DESPERTAR

Señor

He consumido mi vida en un instante

La última inocencia estalló

Ahora es nunca o jamás

O simplemente fue

ALEJANDRA PIZARNIK







